

AGENDA CIUDADANA

LA PERIFERIA VISTA DESDE EL CENTRO

Lorenzo Meyer

Un Libro.- En principio, hay muchas formas de leer el libro que hoy es el *best seller* indiscutible: My Life, (Nueva York: Knopf, 2004), de Bill Clinton, el presidente que gobernó a Estados Unidos al concluir la Guerra Fría. Al momento mismo de aparecer la obra surgió una controversia. Así, en el propio New York Times, por ejemplo, se pueden encontrar opiniones opuestas; una que la califica de obra deshilvanada, como la presidencia misma de su autor, y otra que la considera una de las autobiografías más reveladoras e interesantes de un jefe del gobierno norteamericano. La derecha republicana ha puesto en duda muchos de los juicios ahí expresados en tanto que los demócratas la han recibido positivamente aunque les preocupa que la visibilidad adquirida por el ex presidente vaya a opacar a su candidato en las elecciones por venir, John Kerry. Desde México, lo instintivo es reaccionar según lo que se dice o no dice en ella sobre nuestro país.

Un Mundo que se “Simplifica”.- Por mucho tiempo, el sistema internacional fue multipolar, con varios subsistemas y, por tanto, con varios centros, zonas intermedias y periferias. Tras la II Guerra Mundial, la situación se simplificó: políticamente el mundo se dividió en dos –se hizo bipolar—y, a querer que no, todos los actotes fueron obligados a definirse, a tomar partido, incluso los que se decían “neutrales”. Sin embargo, dentro de cada uno de los dos bloques –el norteamericano y el soviético— y a partir del papel que les asignaron sus respectivos centros, cada país quedó colocado en posiciones que iban desde un núcleo duro de aliados importantes hasta los que por su falta de recursos –económicos, demográficos o militares— o posición geográfica fueron vistos como periféricos. Con la

desaparición de la URSS pasamos al colmo de la simplicidad: la unipolaridad; hoy sólo queda un centro –Estados Unidos-- y el resto del mundo es una gran periferia.

La Periferia.- Para Estados Unidos el grueso del intercambio económico tiene lugar dentro de sus propias fronteras, el dólar es la moneda internacional por excelencia, y el ejército norteamericano es el único que puede actuar en cualquier parte del planeta y, dado el caso, sin pedir autorización a nadie. En estricto sentido, Estados Unidos es hoy el único país soberano, de ahí que desde Washington cada vez más el resto del mundo sea visto y tratado igual. Desde esa perspectiva países tan diferentes como Francia o México, por ejemplo, pueden quedar en la misma categoría a ojos norteamericanos, pues individualmente todas las naciones son prescindibles. Así, pese a la enorme diferencia que existe entre los 190 países que conforman el sistema internacional (la membresía de la ONU), desde la perspectiva del poder norteamericano, ninguno de los 189 le es vital, ninguno le es indispensable y, como quedó demostrado en el debate en la ONU sobre Irak en el 2003, incluso el conjunto mismo puede ser tratado como periférico.

En contraste con George W. Bush y sus neoconservadores actuales, William Jefferson Clinton, 42º presidente de los Estados Unidos (1993-2001), introdujo en la política externa de su país una relativa dosis de mesura en el empleo de su enorme poderío político, económico y militar. Sin embargo, e independientemente de la personalidad y preferencias presidenciales, al final las relaciones de poder se imponen y la biografía de Clinton resulta ser un buen indicador de la forma tan distante como la clase política norteamericana puede mirar al mundo que hoy le rodea, incluyendo a México.

Las Prioridades.- Sorprende, de manera positiva, desde luego, que en la biografía de quien por ocho años fuera el político más poderoso del mundo, sean tan numerosas las referencias al ámbito personal e íntimo, al de la familia –la madre o la abuela, el padre que

muriera ante de que el hijo naciera o el padrastro y, desde luego, la esposa y la hija. Hillary Clinton --una profesional y política por derecho propio-- aparece mencionada en el libro más veces que el poderoso senado y la cámara de representantes juntos; Chelsea Clinton es citada más que Naciones Unidas. Finalmente, hay incluso más referencias a Monica Lewinsky, la joven con la que el ex presidente mantuvo una relación íntima que para su mala fortuna se hizo pública, que las dedicadas a muchos países.

Para nuestro propósito, donde las referencias en My Life resultan más interesantes, es en el área de la política internacional. Rusia, el rival derrotado, aparece como uno de los grandes centros de atención de Clinton, como también Israel, Palestina y los dirigentes de esas dos sociedades en conflicto. Evidentemente el tema del terrorismo --el único desafío global que hoy enfrenta Estados Unidos y el que realmente le preocupa-- recibió ya una buena dosis de atención del ex presidente, como también ciertos países pequeños pero problemáticos. Bosnia, Haití o Somalia, que en tiempos normales difícilmente hubieran aparecido en el radar de la Casa Blanca, son importantes justamente por lo caótico de su situación interna que obligó a la intervención directa norteamericana en ellos, intervención, por cierto, no siempre exitosa. Sin embargo, pocos sitios en el mundo aparecen mencionados en el libro con más frecuencia que Arkansas, el estado de 2.7 millones de habitantes y 138 mil km² donde nació el ex presidente, en donde fue gobernador y en donde construyó una base de poder desde la que, ante la sorpresa de no pocos, se catapultó hasta la presidencia de su país.

México.- Visto desde la peculiar posición norteamericana y personal de Clinton, es natural que Arkansas sea mucho más central que Brasil (mencionado cuatro veces) o Canadá (mencionado apenas en ocho ocasiones). En ese contexto, México aparece de

manera muy marginal en la autobiografía del dos veces presidente de Estados Unidos en la época del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN).

Fue en 1972 es decir, a los 26 años, cuando, según su propio testimonio, Clinton tuvo que entrar en contacto por primera vez con miembros de la comunidad chicana: en Texas y mientras trabajaba en la campaña electoral de George McGovern. Y fue entonces cuando, una noche, el joven político fue llevado al sur de la frontera, a Matamoros, a cenar cabrito, oír mariachis y a ver un no particularmente interesante show de strip tease. Clinton se quedó dormido en la mesa, pero volvería a México tres años más tarde, esta vez a Acapulco y en calidad de recién casado. Hasta aquí la experiencia mexicana del autor es la típica de aquellos norteamericanos que han visitado México como turistas.

Ya como responsable de la política internacional norteamericana, en la agenda de Clinton el tema mexicano es más serio pero igualmente marginal. En cualquier caso, son dos los asuntos donde el ex presidente debe de tomar decisiones importantes sobre su vecino del sur. En primer lugar, apoyar o no una decisión que su antecesor y derrotado rival republicano –George H. W. Bush-- había puesto en la agenda: la creación de la zona de libre comercio de la América del Norte, el TLCAN. Aquí, triunfó el estadista sobre el simple político: consciente de los intereses de largo plazo de su país –la estabilidad mexicana-- Clinton respaldó la firma del tratado y se enfrentó a los grupos proteccionistas de su propio partido que temían que una relación de libre comercio con México destruyera empleos en Estados Unidos. Sin embargo, Clinton el político le adicionó al TLCAN un par de documentos para poder “venderlo” a sus aliados sindicales: uno sobre las condiciones de trabajo en México y otro sobre el medio ambiente. No se trataba tanto de apoyar a los asalariados mexicanos ni proteger a la naturaleza, sino impedir el abaratamiento excesivo de productos hechos en México.

Clinton sacó adelante y concluyó la política mexicana que Bush padre había iniciado. Pero eso tuvo para él un costo que aumentó mucho cuando en la primera mitad de su primer período presidencial, sus asesores le informaron que la crisis económica que había estallado en México a fines de 1994 podía llevar al país vecino a incumplir sus obligaciones con los inversionistas internacionales. Esto podría provocar un gran pánico en los mercados mundiales y complicar las cosas en otras economías débiles, lo cual finalmente redundaría en daños a las exportaciones norteamericanas, pérdidas a sus inversionistas y desprestigio para la Casa Blanca por haberse asociado con el TLCAN con un país poco confiable. Además, un México en quiebra mandaría más trabajadores indocumentados a Estados Unidos y sería más vulnerable a las influencias del narcotráfico. Fue como problema que México entró verdaderamente en la agenda política de Clinton y por eso que le prestó el máximo de atención. Clinton tuvo entonces muy claro que el interés norteamericano ante “la primera crisis del Siglo XXI” según la calificó el republicano Newt Gingrich, requería hacer un préstamo sustantivo de emergencia a México. El presidente logró convencer a los líderes del congreso de lo oportuno de llevar a cabo una política de rescate, pero no pudo hacer lo mismo con congreso en su conjunto ni, menos, con la opinión pública, que en ese momento se oponía en un 79% a “dar dinero” a países como México.

En contra del consejo de algunos de sus principales asesores, preocupados por que la política mexicana de la Casa Blanca afectara negativamente las posibilidades de reelección de su ocupante, Clinton decidió usar su autoridad para prestar al gobierno de Ernesto Zedillo –un egresado de Yale, como él– hasta 20 mil millones de dólares de un oscuro Exchange Stabilization Fund creado en 1934 para minimizar fluctuaciones cambiarias. Al final, un Clinton orgulloso de no haberse dejado guiar por las encuestas sino por las consideraciones de fondo, señala que sólo se prestó a México poco más de 10 mil millones de

dólares, que México pagó rápido y a una tasa de interés superior a la de los Bonos del Tesoro, de ahí que se recibieran 600 millones de dólares más de lo que ese dinero estaba dando al momento de prestarlo. Negocio político y económico redondo.

Lo que no Aparece.- Si en vez de las de Clinton estas fueran las memorias de Bush padre, Carlos Salinas hubiera aparecido con frecuencia, pero aquí sólo es mencionado brevemente en relación al TLCAN y como intermediario con Fidel Castro para aminorar la fricción causada por la salida de balseros cubanos rumbo a Miami. Nada más. Sin embargo, la ausencia que más se nota, esta relacionada con Vicente Fox. El guanajuatense sólo es mencionado una vez, como el presidente electo que hace la obligada visita a Washington; la referencia no pasa de una simple anotación antes de abordar el tema de una visita a Nigeria para apoyar un programa contra el SIDA. La enorme importancia de la transición democrática de México simplemente no aparece (en contraste con la española, de la que se toma debida nota aunque había ocurrido decenios atrás). Y el interés de esta ausencia reside, entre otras cosas, en que descalifica un argumento absurdo pero difundido en ciertos círculos, que encuentra en una decisión norteamericana y no la acción de la sociedad mexicana, el verdadero origen de la transición política.

Clinton aborda la gran problemática mexicana al hacer mención a su viaje a nuestro país, pero las consideraciones no pasan de media página. Ahí, además de hacer patente su simpatía por Zedillo, deja en claro que para él, México ya era una democracia antes del 2000, de ahí la poca importancia que da a Fox y al 2000. Para el líder norteamericano, los problemas a resolver al sur del Bravo no eran políticos sino sociales: la pobreza era la fuente de inmigrantes indocumentados y el caldo de cultivo de la corrupción y el narcotráfico. Señalar el problema no significó identificar la solución, pero sí tener conciencia de su complejidad.

Tomada en conjunto, la conducción de Bill Clinton de unos Estados Unidos sin rival en el mundo, tuvo más de positivo que de negativo. El imperio americano fue conducido entonces con mesura y sin fanatismos. México tuvo un lugar modesto en la gran agenda del ocupante de la Casa Blanca, pero recibió el apoyo necesario en el momento justo. Al final y desde acá, la figura de Bill Clinton sale bien librada.